

absurdo querer llegar á la perfección tratando de adquirir una buena cualidad que admiramos en un extraño, mas para la cual no hay aptitud alguna en nuestra naturaleza; lo mismo decimos de la educación. En ésta como en aquella, debe perseguirse particularmente como fin la perfección del conjunto de dones naturales que se poseen; por lo tanto, hay que comenzar por conocerlos bien.

Pero sería error creer que con esto estaría terminada la obra. Así como tiene cada uno sus aptitudes, así tiene también sus debilidades propias; es precisamente su propiedad peculiar, que lleva consigo la limitación que le es propia. La circunspección del flemático, cualidad en sí excelente, excluye la susceptibilidad y la movilidad del sanguíneo, excluyendo á su vez, estas últimas la circunspección del primero. Pero si llevase al extremo el flemático la cualidad que le es propia, llegaría á hacerse molesto; tendría el sanguíneo una ligereza insoportable y todo lo revolverían de arriba abajo. Mas hay muchos casos en que el sanguíneo tiene absoluta necesidad de aquella inquebrantable constancia que falta á su disposición natural, y que opone el colérico á cuantos obstáculos se le presentan. Hay casos en que está perdido el melancólico, si no llega hasta la franqueza ingenua, hasta la expansión del sanguíneo; y casos en que daría un mal paso el flemático, si no tomase por modelo, hasta cierto punto, la susceptibilidad del sanguíneo y la fuerza y la energía del colérico. Si, por el contrario, degenera en malicia la jovialidad natural del sanguíneo, como sucede con mucha frecuencia, si degenera el espíritu de retiro del melancólico en humor tétrico, en susceptibilidad y desconfianza, y esto por falta suya, claro está que es de absoluta necesidad una especie de igualdad en todas esas cualidades. Si en estos diferentes casos, no completase ni mejorase cada uno su carácter, apropiándose las cualidades de otro, no sólo sería detestable mezquindad toda su vida, sino que estaría llena de imperfecciones culpables.

8. Campo de batalla para cada uno.—Quien quiera

hacer desaparecer esas mezquindades y llegar al estado de hombre completo, tiene ante sí un vasto campo de batalla; puede entrar en él, pues no le han de faltar serios y prolongados combates. Sus disposiciones particulares no le harán imposible la adquisición de ciertas virtudes preferidas, á las cuales le lleva con asombrosa facilidad otra aptitud natural, siquiera encuentre todavía grandes dificultades que, para ser vencidas, exigen no pequeños sacrificios. Pero constituye todo el mérito y toda la grandeza de un carácter perfecto el ser resultado de esfuerzos constantes.

Dijo un día el fisonomista Zopiro que había estudiado atentamente los rasgos de Sócrates, que aquel hombre tenía las más perversas inclinaciones y una naturaleza de difícil dominio. Causó gran hilaridad entre los discípulos del filósofo, porque le habían conocido de temple muy distinto. Pero les hizo notar Sócrates que, en realidad, había venido al mundo con malas inclinaciones, y que sabía él mejor que nadie cuánta reflexión y cuánta vigilancia había necesitado para triunfar definitivamente de ellas. <sup>(1)</sup> Falsa ó verdadera esta relación, <sup>(2)</sup> nos muestra que hasta los paganos consideraban posible y honroso el mejoramiento de los defectos de nuestro natural con un atento trabajo personal.

Por el contrario, es cierto que nos ofrece la historia de los Santos muchos ejemplos de individuos que pudieron cumplir brillantemente esta tarea. Cuantos conocieron la amabilidad y mansedumbre exquisitas de San Francisco de Sales, las consideraron como don extraordinario hecho á su temperamento, no siendo pocos los que secretamente deseaban poseerlas. Quizás no les hubiera sido imposible llegar á semejante estado con más facilidad que él, porque tenía marcada propensión á la ira, y con aquella propensión hubiera podido llegar á todas partes menos á la mansedumbre. Dice, hablando de sí mismo, que le hervía en las venas la cólera como hierve el agua en una olla, y que

(1) Cicerón, *Tuscul.*, 4, 37; *Fato*, 5.

(2) Zeller, *Philosophie der Griechen.*, (2), II, I, 53.

sólo triunfaba de ella, agarrándola por los cabezones, extrangulándola y echándola á sus pies.

Sin embargo, necesitó veintidós años de constante vigilancia, de asiduo examen de conciencia y de obstinada represión, para llegar á aquella tranquilidad y á aquella mansedumbre que hacían pensar á cuantos le veían que aquel hombre no tenía amarguras en el corazón, ni podía enojarse, aunque quisiera. <sup>(1)</sup>

En la historia de la Orden de los Carmelitas, se cuentan maravillas de una religiosa. Había nacido con un temperamento verdaderamente africano; de carácter ardientemente sensual, sentía en sí salvajes accesos de cólera. Pero siguió la lucha contra el calor y violencia de su sangre, con tan enérgica constancia y con tan heroica energía, que debería causar no poca vergüenza á nuestra debilidad. Había resuelto obtener la victoria sobre su perversa naturaleza, y la obtuvo; pero necesitó cuarenta años para conquistar la paz y para dominar por completo su carácter rebelde. <sup>(2)</sup> ¿Quién podrá contar los asaltos, las heridas, las caídas deplorables y repetidas, las rehabilitaciones, que fueron necesarias durante meses y años á una pecadora, para llegar á ser una Magdalena, casta y embriagada de amor divino; á un fariseo orgulloso y lleno de furor, para convertirse en un Pablo; á un cobarde renegado, para ser la inmovible roca que se llama Pedro? Hay hechos que no refieren los historiadores de esos y de otros Santos, y son la parte más instructiva de su vida y que nos llena de confusión.

**9. Sólo con la violencia se adquiere la virtud.**— Inútil será entrar en muchos pormenores para demostrar que no se obtiene todo esto con el simple deseo ó con la simple voluntad. Aquí de nada sirven todas las oraciones y todos los suspiros; todas las lágrimas no producen resultado alguno. Todo esto no nos baja del cielo. ¡No! Es necesario conquistarlo; es necesario que nos cueste algo; lo

(1) Lager, *Leben des heiligen Franz von Sales*, II, 273, 278.

(2) *Francisco del Sacramento*, Gerres, *Mystique*, I, 417-420.

que no cuesta no vale. Debemos también conocer por experiencia que la perfección es, no sólo el tesoro más grande del hombre, sino su única verdadera propiedad. Por eso, durante nuestra vida, debemos trabajar en vencer los antiguos hábitos y las naturales inclinaciones, en poner una virtud en lugar de cada defecto, y en no dejar incompleta ninguna buena inclinación. Para todo esto se necesita violencia y violencia grande. Por esto se encuentra ciertamente la verdad en estas palabras que salieron de los labios de la Verdad: «El reino de los cielos padece fuerza, y los que se la hacen, lo arrebatan». <sup>(1)</sup> Y se ha dicho también: «¿Qué sabe el que no ha sido tentado?» <sup>(2)</sup> Podrá éste tener virtud, pero será virtud débil, virtud, que quizás sucumba al primer encuentro. No sabiendo nada de victorias, mal puede hablar de la bondad perfecta. Sólo aquél cuya virtud es semejante á la encina, que se hace robusta con luchas continuas, puede saber lo que es la verdadera perfección, y lo que son las derrotas de los enemigos.

**10. Sólo con los esfuerzos se conserva la virtud.**— Es también necesaria la violencia, aun cuando haya llegado uno á afirmarse en el bien.

No hay quien, durante su peregrinación por la tierra, posea la virtud como bien inamisible. Ha visto la historia gigantes de la virtud, hombres por cuya firmeza se hubiera llegado á dar la propia vida, y, sin embargo, han caído, y no ha sido pequeña la caída. Cuanto más grande es un tesoro, tanto más podemos temer que nos lo arrebaten. ¡Hay tantos enemigos que espían la más preciosa de todas las riquezas que llevamos en vasos frágiles, que jamás nos faltarán los combates. Mas haciendo abstracción de todo, es de tal naturaleza el hombre, que no puede permanecer mucho tiempo sin sufrimientos. Entre su heroísmo guerrero, conocieron Alejandro y Aníbal con cuánta rapidez enervaban las comodidades de la vida á los que fueron invencibles en medio de combates continuos. Pocos partida-

(1) S. Mateo, XI, 12.

(2) Eclesiástico, XXXIV, 9.

rios arrebataron al Cristianismo las persecuciones de los Emperadores romanos. Sólo los que ya estaban distanciados de él interiormente, se sirvieron de ellas como de oportuno pretexto para descargarse de un peso que los aplastaba, porque no lo llevaban como debían. Pero deploraron los Padres como causa de peligros inmensos y de grande corrupción en el seno de la Iglesia las épocas de calma que precedieron á las grandes pruebas bajo Decio y Diocleciano. El hierro que no se emplea se oxida. ¿Qué de extraño, pues que dormite la virtud, cuando no encuentra contradicciones?

**11. Sólo se consolida la virtud y se la conduce á la perfección, con un dominio constante de sí mismo.**— En los combates se revela su verdadera solidez. «En el horno se prueban las vasijas del ollero, y en el crisol se depuran la plata y el oro». <sup>(1)</sup> La aflicción es también el mejor medio de comprobar el grado de resistencia de la virtud y de limpiarla de sus impurezas.

Cualquiera que sea la apariencia de pureza del bien que hay en el hombre, nunca es tan pura, que no pueda serlo más, ni tan perfecta, que no pueda perfeccionarse más. Á todos sin excepción se dirige esta exhortación: «El que es justo, justifíquese más, y el que es santo, santifíquese más aún». <sup>(2)</sup> Si piensa alguno que no tiene necesidad de adelantar, no tardará en experimentar que, por un acto de complacencia personal, ha renunciado á elevarse en la perfección.

Imposible hacer progresos en el bien, si no se practica con constancia y no se dirigen los esfuerzos en este sentido. Si la actividad en el bien no responde á la disposición y á la facilidad adquirida, si se hacen obras buenas, pero con dejadez, con indiferencia, es porque se ha casi extinguido el vigor y el fuego de la virtud. Ahí está la clave de tantas observaciones que contristan, y que hacemos sobre nosotros y sobre los demás. Sirva de advertencia pa-

(1) Eclesiástico, XXVII, 6, II, 5.

(2) Apocalipsis, XXII, 11.

ra ponernos en guardia contra la causa de la decadencia moral, por la cual, más que por grandes defectos, nos quedamos estancados después de inmejorables principios.

La pereza consumada y la completa defeción del bien no son la causa de la tibieza, y en definitiva de la muerte del bien; lo es la práctica de la virtud emprendida sin verdadero celo. <sup>(1)</sup> Por eso jamás debe rebajarse el esfuerzo que se hace para adquirir la virtud, ni al principio, pues no se la puede adquirir sin fatiga; ni en el medio, porque cuanto más cerca del término está el corredor, más se estimula para llegar; ni al fin, porque sería la mayor desgracia perder por debilidad en el último momento el fruto de tanto trabajo. Que combata uno largo tiempo ó no, que combata poco ó mucho, debe siempre decir con el Apóstol, que, no obstante, estaba muy cerca del fin de la más alta perfección: «No juzgo haberlo ya alcanzado ó que sea ya perfecto, mas voy siguiendo, por si de algún modo podré alcanzar aquello para lo que fuí tomado por Cristo. Prosigo, según el fin propuesto, al premio de la soberana vocación de Dios en Jesucristo». <sup>(2)</sup>

**12. Semejanza y diferencia entre los Santos y nosotros.**—Nadie encuentra en la cuna la virtud perfecta. Es fruto del trabajo, premio de la victoria, á que debe preceder legítimo combate. Nadie debe poner por pretexto su perversa naturaleza y decir: «¿Qué queréis? ha sido hecha así mi naturaleza». Todos podrían decir lo mismo. Así hubieran podido hablar los Santos, que tampoco recibieron un paraíso para cultivarlo; su herencia fué como la nuestra, un rincón de tierra que produce cardos y espinos, y de la cual han tenido que hacer un jardín de Dios, á costa de sudores y de sacrificios. Los ha puesto en peligro la misma naturaleza, las mismas debilidades, la misma carne, la misma sangre, las mismas pasiones, las mismas inclinaciones. Si con frecuencia nos arranca lágrimas el peso importuno de la tentación, también gimieron ellos más de una

(1) Sto. Tomás, I, 2, q. 53, a. 3.

(2) Filipenses, III, 13, 14.

vez entre las amarguras de sus corazones. Si no salimos siempre del combate sin heridas y sin caer, tampoco dejaron de contar ellos muchas horas de tristeza. Sólo en una cosa se diferencian de nosotros, y es que, después de caer, nos desalentamos, y perdemos inmediatamente la esperanza, mientras que no hubo para ellos fortuna adversa que pudiera vencer su constancia. Cuando caían, se levantaban; jamás desesperaban, y alegres y con nuevo valor, comenzaban nuevos combates. Por eso, á pesar de su debilidad igual á la nuestra, no hubo fuerza que pudiera arrebatarles la recompensa final que da el justo Juez á todos los que hasta el fin han sostenido el buen combate.

## CONFERENCIA XXII

### DEL ORDEN

1. **El orden es la ley de la naturaleza y de la belleza.**—Misteriosa, dijéramos mejor, maravillosa es la impresión que produce en el hombre la vida del mundo de los animales. En silencio y sin perplejidad, sabe encontrar el pájaro la materia más á propósito para hacer sus primorosas y artísticas obras, que no han podido imitar las manos de los hombres. Saben adaptar cada medio á su circunstancia particular con una perfección ante la cual se inclina nuestra inteligencia. La sabiduría de la legislación humana no ha podido alcanzar, ni de lejos, el orden que reina en los estados de las abejas y de las hormigas. Sin equivocarse jamás, halla el gallo el momento de cantar la hora de despertar. «El milano en el cielo conoció su tiempo, y la golondrina y la cigüeña aguardaron la época de su venida». <sup>(1)</sup> Nos sucede á veces que dejamos el lecho, inquietos por la suerte del compañero que anima con su canto la soledad de nuestro pequeño estudio. De repente nos ha despertado en la noche la violenta agitación de sus alas; no sabemos por qué, pero con gran satisfacción nuestra, lo encontramos sano y salvo.

¿Qué ha pasado? Pues, sencillamente, que se ha apoderado de él el instinto de emigración: Aunque haga años que está prisionero, no ha olvidado que en este mismo día debe emprender, con sus compañeros, largo y peligroso viaje á lo largo del mar Terreno. Lo mismo sucede á todos los animales. «Conocen su tiempo y su fuerza; siguen su destino: se someten á un gran pensamiento con necesidad

(1) Jeremías, VIII, 7.